

y llevaban vasos de corteza llenos de pombé. El rey, sacando el mejor partido posible del kisuahili que se ha hecho enseñar, me pedía consejos para la dirección de la caza y los seguía con una prontitud ejemplar. Pero aquellas aguas son muy vastas, y los hipopótamos están muy ahuyentados, de modo que estuvimos navegando todo el día sin resultado alguno. Solo una vez desembarcamos nosotros para comer, y por *nosotros*, quiero decir solo el príncipe y yo, los pajes no comieron. La principal distracción del rey en aquella fastidiosa jornada, consistió en dirigir su orquesta de tambores; cambiaba los músicos, arreglaba el diapason, notaba á la vez la menor falta de compás, y mostró ser un músico consumado.

25 de abril. *El mismo sitio.*—Hoy ha sucedido precisamente lo contrario que ayer, excepto que el rey se familiariza cada vez más, á medida que nos vamos entendiendo mejor. Las gracias que se permite no son siempre del mejor gusto. Ha sucedido por ejemplo que se ha agarrado á mis barbas cuando el movimiento del barco le hacia perder algo el equilibrio.

26 de abril. *El mismo sitio.*—Cansado el rey de registrar uno por uno todos los rincones de la bahía sin encontrar ningún hipopótamo, nos llevó á una isla ocupada por el Mgusa, ó genio del lago, no en persona, porque Mgusa es un espíritu, sino por una especie de delegado ó representante que sirve para comunicar al rey del Uganda los secretos del misterioso abismo. Cuando estuvimos en tierra, principiamos por merendar, sin economizar el pombé; después la comitiva comenzó á recorrer una especie de huerta que iba vendimiando alegremente, y todos parecían animados de las mejores disposiciones, cuando una de las mujeres del rey, hermosa criatura por más señas, tuvo la infeliz idea, creyendo agradaarle, de ofrecerle una fruta que acababa de coger. Inmediatamente, como atacado de un acceso de locura, se puso muy colérico diciendo: «que aquella era la primera vez que una mujer se había atrevido á hacerle un ofrecimiento;» y sin alegar otro motivo, mandó á sus pajes que cogiesen á la criminal, la atasen las manos y la matasen en el acto.

Apenas fueron pronunciadas aquellas palabras, los jóvenes á quienes se dirigía el rey, desarrollaron rápidamente los turbantes de cuerda que ceñían sus cabezas, y como una jauría de ávidos podencos, se precipitaron sobre la hermosa criatura, que se les entregaba. Indignada ésta de que aquellos chiquillos se creyesen autorizados á poner la mano en su real persona, trató al principio de rechazarlos como á moscas importunas, dirigiendo á la vez al rey apasionadas reconvenciones; pero poco después la cogieron, la echaron en el suelo, y mientras que la lleva-

ban arrastrando, pedía al kamraviona y á mí que la diésemos amparo y protección. Entre tanto Lubuga, que era la sultana favorita se había echado á los pies del rey, y todas sus compañeras postradas alrededor de él solicitaban el perdón de su pobre hermana. Cuanto más imploraban el perdón, tanto más se exaltaba su natural brutalidad, hasta que por último, cogiendo una especie de maza, quiso aplastar la cabeza de su desgraciada víctima...

Hasta entonces había yo tenido gran cuidado de no intervenir en ninguno de los actos arbitrarios de Mtesa, comprendiendo que un paso de esta clase, siendo prematuro, produciría más mal que bien. Había sin embargo en este exceso de barbarie algo de insoportable á mis instintos británicos, y cuando oí mi nombre (Mzungu) pronunciado por una voz suplicante, me lancé al rey, le detuve el brazo y le pedí la vida de aquella mujer. Creo escusado decir que yo corría gran riesgo de sacrificar la mía oponiéndome de aquel modo á los caprichos de un tirano; pero en estos mismos caprichos encontré yo mi salvación y la de la pobre víctima. Mi intervención, por su atrevida novedad, arrancó una sonrisa al déspota africano, y la prisionera fue puesta inmediatamente en libertad.

La choza habitada por el representante de Mgusa estaba adornada de multitud de símbolos místicos, y entre otros, de un remo, que es la insignia de sus altas funciones. Hacia algunos minutos que estábamos instalados en ella, mezclando el pombé con nuestras insignificantes conversaciones, cuando aquella especie de «medium espiritista» se acercó á nosotros vestido con un extraño traje análogo al de las hechiceras. Llevaba un pequeño delantal de piel de cabra blanco adornado de muchos talismanes, y en vez de maza ó de bastón se servía de un ligero remo. No era viejo, pero fingía serlo por su paso lento y vacilante, su tos asmática, su vaga mirada y su voz gangosa. Aparentó llegar con trabajo al extremo de la choza donde estaba lo que podíamos llamar su trofeo mágico, y cuando se sentó estuvo tosiendo durante media hora seguida. Después apareció su mujer, que tenía un aspecto semejante y que como él fingía una vejez anticipada. Mtesa me miraba riendo, y de cuando en cuando dirigía la vista á aquellas extrañas criaturas como para preguntarme qué pensaba de ellas. Nadie levantaba la voz excepto la supuesta vieja que graznaba como una rana pidiendo agua, y que hizo muchos gestos cuando tuvo que beber la que le llevaron. La primera copa no le pareció bastante pura y hubo que llevarle otra, con la cual no hizo más que mojarse los labios, después de lo cual, gimoteando y cojeando, se fué como había venido.

El agente de Mgusa hizo una señal al kamraviona y á varios funcionarios para que se agrupasen en

derredor suyo, y después de haberles manifestado en voz baja la voluntad del espíritu del lago, desapareció también. Sin duda sus revelaciones no eran nada favorables, porque inmediatamente volvimos á embarcarnos para ir á nuestra residencia provisional. Apenas llegamos á ella cuando se presentó un gran destacamento de vuakungus que venían del Uñoro é iban á rendir homenaje á S. M. Hacia ya cinco ó seis días que se hallaban de vuelta en el país, pero la etiqueta no les había permitido presentarse antes al rey. Se jactaban de las grandes victorias que habían obtenido sin experimentar pérdida alguna, y Mtesa les refirió los incidentes del día, especialmente mi caballeresca intervención, la cual todos los concurrentes aplaudieron. «El Bana, decía el rey, sabía bien lo que tenía que hacer, porque en su país dispensa la justicia como un soberano.»

27 de abril. *El mismo sitio.*—Esta mañana hemos tenido una especie de *haro* tumultuoso á causa de los vuanguanos, que sin el menor miramiento por la decencia, se han bañado desnudos en el lago. El resto del día se ha pasado en remar, ya siguiendo las huellas de los hipopótamos fugitivos, ya simplemente para luchar unos con otros en vigor y velocidad. Por la noche algunos de los principales vuakungus han sido llamados para oír un discurso en que el rey se complacía en describir con los más minuciosos detalles á cada una de las mujeres de su harem. Abandonándose á su buen humor, ha ponderado la buena influencia que las aguas del lago ejercen en su salud, y el aumento de juventud y de virilidad que consiguen en su comercio con las nereidas del N'yanza.

28 de abril.—Mientras yo preparaba esta mañana un *loc Massey*, para manifestar al rey la utilidad de este ingenioso instrumento, él se embarcó sin llevarme á bordo, y como ninguna de las embarcaciones que han quedado tenía orden de llevarme, me he ido de caza después de haber hecho muchas señales sin recibir contestación. Por desgracia había poca caza, y no hubiera sabido cómo emplear mis ocios si no hubiera encontrado asilo, primero en casa de una señora muy hospitalaria, y luego á la vuelta en casa de un empleado del rey, quedando ambos muy honrados con la visita que el «príncipe blanco» les hacía á la cabeza de su escolta. Cuando el rey y yo nos volvimos á ver, se avergonzó de haberme abandonado, y dijo que había hecho varias señales, que había enviado á buscarme, etc., etc. El rey se divertía en aquel momento en tirar el arco, y cuando daban en el blanco, bien el rey, bien cualquiera otro competidor, los concurrentes aplaudían, saltaban de alegría, se echaban á rodar por el suelo y hacían cortesías con entusiasmo.

Servía de blanco un escudo colocado solo á 30 pasos de distancia, y sin embargo no le tocaban siempre

aquellos torpes arqueros. Por fin, cansándose de aquel ejercicio, y para manifestar el rey la superioridad de sus proezas, mandó colocar en fila y en frente de él diez y seis escudos apenas separados unos de otros y una sola bala de carabina Withworth los atravesó casi todos por el centro.

«Ya veis, decía el rey blandiendo por cima de su cabeza el arma victoriosa, para qué sirven el arco y la lanza. Yo no tendría ninguna arma más que fusiles.»

Aquellos vuakungus que el fin de la guerra nos había traído, se escandalizaron de ver al lado de su monarca un extranjero sentado más alto que ellos. Sus reiteradas quejas acabaron por producir resultado, y Mtesa me hizo rogar que no me sirviese delante de él de mi trono. El trono era sencillamente un banquillo de hierro. Después de haberme asegurado del verdadero sentido que aquellos valientes y susceptibles guerreros daban á sus reclamaciones, volví á mi casa y mandé construir inmediatamente un *asiento de yerba*. Creo que esta inocente estratagema bastará para derrotarlos.

29 de abril.—Ayer me ha faltado la comida, y esta mañana no he almorzado, porque nuestras provisiones se habían agotado completamente. Ninguno de mis hombres se cuidaba de ir á dar cuenta de nuestra situación, porque llueve á cántaros y Mtesa está encerrado con sus mujeres. Se me ocurrió la idea de que la señal por medio de la cual me hacia abrir las puertas del palacio, podría hacerme ahora el mismo servicio. Fui pues á matar una paloma cerca de la residencia real, y según había previsto, el rey me envió inmediatamente al jefe de sus pajes para informarse de qué significaba aquella detonación. El joven, á quien no dejé de decir la verdad, esto es, «que cazaba para proporcionarme el almuerzo en vista de la escasez á que me tenía reducido la incuria de los cocineros de S. M.,» desfiguró mis palabras que apenas había escuchado, y fué á decir al rey cosas sumamente descorteses. Me hizo decir «que como yo no estaba regularmente provisto de lo necesario, no me convenía ya aceptar ninguna de las liberalidades del rey, y que en adelante iría á buscar mi alimento á los campos.» Mtesa, como es fácil figurarse, no creyó semejante relación, y me envió otros pajes con orden de poner en claro el asunto y de manifestarle palabra por palabra las quejas que yo diese. Estos rectificaron el error cometido, y el rey se apresuró á enviarme una vaca. Me hubiera contentado con que el asunto hubiese terminado así (1).

Después del almuerzo fui invitado á embarcarme en el barco del rey, y llevé á él mi trono de césped,

(1) Después he sabido efectivamente, que al desgraciado paje cuyo atrevimiento estuvo á punto de enemistarnos, le cortaron las orejas por no haberlas empleado bien.

con gran disgusto de los que nos acompañaban; pero el rey, sin cuidarse de su gesto dijo riendo: «ya veis que nada se adelanta con el Bana; tiene la costumbre de sentarse delante de las testas coronadas, y os costará trabajo conseguir que abdique este privilegio.» Después, para variar nuestra diversion, en vez de dejar los tambores en tierra, los mandó embarcar, y al ruido de sus redobles subimos al extremo de la

bahía para volver á bajar despues hasta lo que se puede llamar alta mar del lago.

Existe por aquel lado un paso hácia el Usaga, pero hay necesidad, para llegar al Este, de dar repetidos rodeos, porque se encuentran muchos bancos y arrecifes, y siguiendo por él se halla la isla de Kitirí. No hay ninguna otra isla de este nombre conocida de los vuagandas, aunque sus embarcaciones han



Viaje de Grant desde el Karagú al Uganda.

bajado costeano la orilla occidental del lago hasta Ukeregué (1). La isla mas grande del N'yanza, parece ser la de Sesé, en frente de la embocadura del rio Katonga. En ella se encuentra como en la que estuvimos el dia 26, uno de los grandes sacerdotes de Mgusa, y allí están depositados los mayores buques de la marina real, sacándose además de ella una gran cantidad de corteza cuya calidad aumenta su fama.

Cuando saltamos á tierra para comer, fueron presentados al rey un jóven hipopótamo que acababan de matar, un puerco y un pongo ó *bush-bock*. Propuse

(1) Esta isla está marcada en el mapa del capitan Speke al Mediodía del lago, casi en frente de Muanza y al Oeste de Uridi, de la cual está separada por la isla de Mazita.

y fue aceptado, como todas mis ideas, que organizásemos una regata, y nuestras cincuenta barcas, llevadas con toda fuerza de remo, se dirigian al son del tambor hácia el objeto que yo habia indicado, presentando un espectáculo bastante divertido.

Asi acabó la jornada, y al dia siguiente terminó la escursion.

Confieso que me alegró mucho la órden de volver á palacio, porque por hermoso que sea el N'yanza, la falta de toda comodidad, el cansancio, aquellas continuas marchas por el lago, bajo un sol abrasador, y sobre todo la rapidez y la movilidad de los caprichos del rey, me hacian desear la dicha de vivir en paz entre aquellos seres ingénuos que yo llamaba



El coronel Congo y su regimiento revisado por el rey Miesá.

«mis hijos,» y que me había acostumbrado, aunque parezca extraño, á considerar como tales.

Tomamos para volver el mismo camino que habíamos llevado, y ya teníamos andada la mitad, cuando



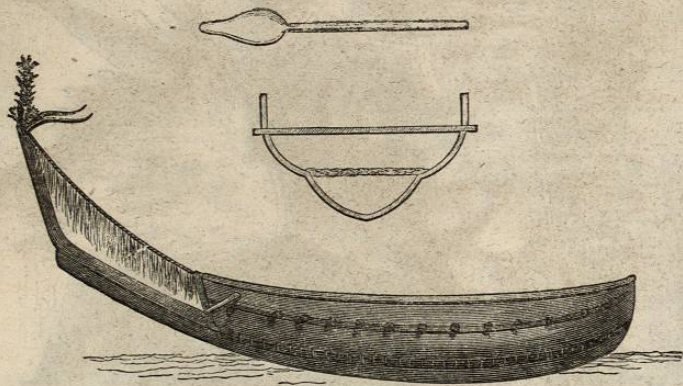
Vista de la bahía Murchison en el lago N'yanza.

bosque de plátanos, y en la primera choza que se presentó fue preparada la comida que el rey nos destinaba; pero como yo observé que trataba de dejarme fuera y obligarme á almorzar con sus subalternos, abandoné su compañía y me volví precipitadamente á mi casa.

Al día siguiente, el rey, que se había constipado,

el rey me preguntó con tono burlon «si tenía hambre.» La pregunta era ociosa é inoportuna, porque sabía que no habíamos tomado nada hacia veinte y cuatro horas. Así pues, nos llevó poco despues á un

me hace llamar como médico. Muchas de sus mujeres tienen diviesos que tengo que curarles. Despues de la consulta vuelvo á mi casa y me encuentro alrededor de ella unos veinte hombres que dicen haber dejado atrás á Grant en el camino del Karagué al Uganda, lo cual me estraña mucho, porque en su última carta me decia que debía llegar por el lago. Sin



Barco de los indígeas del Uganda.

embargo, al cabo de tres semanas supe que habiendo seguido efectivamente el camino por tierra, se había detenido á una jornada de distancia con motivo de las interminables é indispensables consideraciones de la etiqueta local. Por fin el 27 de mayo, mientras que yo estaba en visita en el palacio del rey, fue agradablemente interrumpida nuestra conversacion por unas lejanas detonaciones que anunciaban la llegada de mi compañero. Me despedí inmediatamente para ir á recibirle, y es escusado decir cuánta fue

la alegría que produjo en nosotros aquella reunion despues de tantas ansiedades y mutuos padecimientos. Muy contento con ver á Grant en bastante buen estado para ir cojeando de un lado á otro sin gran fatiga, oí riendo á carcajadas la divertida y pintoresca narracion de su penosa travesía.

El rey, á quien envié una escopeta de dos cañones y algunas municiones, nos invitó á Grant y á mí á un besamanos solemne, semejante al que tuvo efecto á mi llegada. Sin embargo, encontramos la córte

bastante despoblada cuando llegamos á palacio aquella tarde. El primer acto terminó en breve y nos retiramos á uno de los patios interiores donde se presentaron las mujeres; pero el rey, cansándose pronto de aquellas escenas mudas, mandó llevar el sillón de hierro y comenzó la conversacion con preguntas relativas á la medicina, que le llama mucho la atencion. Yo mudé de conversacion preguntándole si le gustaba la escopeta, y despues tratamos de asuntos mas generales, relativos á Suwarora, Rumanika y las dificultades del camino del Unyamuezi, al que reemplazará pronto, así lo esperamos á lo menos, el del Uñoro.

No debe perderse de vista que al prolongar nuestra permanencia en el pais de Mtesa, en medio de todas aquellas negociaciones, tan difíciles de soportar con sangre fria, nos proponíamos siempre el mismo objeto, á saber: que nos enseñasen el Nilo á su salida del N'yanza y comprobar de este modo un fenómeno sobre el cual hacia ya tiempo no me quedaba la menor duda. Sin el consentimiento, ó por mejor decir, sin el auxilio del caprichoso salvaje con quien trataba, no podia pensar en la realizacion de aquel proyecto. No chocará, pues, que estuviese constantemente en acecho para decir en el curso de nuestras conversaciones algunas palabras á propósito para acercarnos á aquel gran objeto. Entonces me pareció favorable la ocasion, y aventuramos una peticion directa con objeto de obtener embarcaciones para tratar de ir por agua hácia el Gani, suponiendo que el lago y el rio fuesen navegables en toda su estension; tambien pedimos que nos acompañase un comisionado del rey con una mision oficial, á fin de referir todo lo que se hiciese sobre nuestro importante propósito de abrir una nueva via, por la cual se pudiesen llevar al Uganda los diferentes artículos de las fábricas europeas. Sin embargo, no conseguimos nuestro objeto. La peticion, atentamente escuchada y perfectamente comprendida como nos lo probaron los muchos comentarios que se hicieron, no obtuvo respuesta directa. No entraba en mis cálculos diplomáticos mostrar toda la importancia que dábamos á este asunto, y por consiguiente fue preciso manifestar cierta indiferencia. Aproveché este tiempo en reclamar mi caja de colores, que el príncipe, despues de habérmela pedido prestada un día, conservaba hacia algunos meses. Aquella nueva demanda obtuvo el mismo silencio que la primera; pero me hostigó inmediatamente para que le entregase la brújula prometida para la época en que llegase Grant. Me comprometí á enviarla al día siguiente, y despues, el rey, que se preparaba para retirarse, nos dijo «que hablaría con sus mujeres para fijar la cantidad de pombé de que podria disponer en nuestro favor;» y en seguida se retiró.

29 de mayo.—La brújula que he enviado al rey

por medio de Bombay le ha producido un verdadero trasporte de alegría. Ha dicho á mi comisionado, y despues á Maula «que no podia ofrecerle nada mas precioso, y que al privarme por él de semejante instrumento, le daba una prueba de inalterable afecto.» Ha venido por la noche con todos sus hermanos á examinar los dibujos de Grant, entre los cuales hay algunos retratos de indígeas que han sido considerados como muy exactos. En esta ocasion, en vez de darle nada, le he reclamado mi caja de colores, llevándolos despues á todos á la colina que me sirve de observatorio. Cuando llegamos á la cima, el rey se puso á indicar á sus hermanos hasta dónde llegaban sus dominios, y preguntándole yo «dónde cree que se halla ese Dios universal á que da el nombre de Lubari,» su mano se levantó inmediatamente para designar la bóveda celeste.

30 de mayo.—Por fin veo llegar mi caja de colores con la cual vienen algunos pájaros muertos por el príncipe que queria que se dibujasen. Tambien pide que se le den algunas páginas del álbum de Grant, en que figuran entre otros los guardias del palacio disputándose glotonamente sus raciones de vaca y de bananas. Tambien desea un poco de pólvora y examinar con detenimiento todos nuestros fusiles.

31 de mayo.—He dibujado dos de los pájaros que me ha enviado Mtesa, un grande *horn-bill*, blanco, con manchas negras, y un pichon verde; pero esto no le basta; me envia otros pájaros y pide mis zapatos para verlos. Este último recado me ha sido comunicado con una exigencia exagerada, y he tirado un libro á la cabeza de los pajes, á quienes he arrojado fuera, anunciándoles «que iré yo mismo á reclamar al rey las provisiones que necesitan mis vuanuanos, y sin las cuales me es imposible tenerlos tranquilos.» Hallándose Mtesa de caza me he quejado al kamraviona, anunciándole mi intencion de marcharme del pais ya que nada me queda que dar al rey. Lastimado por la relacion que establezco entre los alimentos que me da su amo y los regalos equivalentes á su hospitalidad, el comandante en jefe me da inmediatamente una cabra y cierta cantidad de pombé que saca de las provisiones, anunciándome que llevara mis quejas á los pies del trono.

1.º de junio.—He dibujado una pintada para el rey, que la había matado esta mañana. Despues he llevado á Grant á casa de la reina, á donde hemos ido con siete hombres solamente, porque los demás han preferido irse á merodear á confiar en la dudosa hospitalidad de la n'yamasoré. Despues de una hora de espera, la reina nos ha recibido con agradable sonrisa. El pombé y las bananas que ha mandado colocar delante de nosotros, estaban destinadas exclusivamente, y así ha tenido cuidado de decirlo á su nueva visita. Aquella distincion, que es un verdadero rasgo